
CAPITULO XI.

Hasta qué punto puede volver loco á un hombre el amor.

El Cid, emponzoñado contra D. Pero Nuñez de Lara, porque al fin él habia sido la causa del lance pasado, en el que por poco perece el rey, tuvo al enamorado jóven prisionero, y poco ménos que á pan y agua en el corazon de una torre, todo un mes entero.

Sacóle de ella cumplido el castigo.

Le echó una reprimenda como para él solo, conminóle con que si en otro disparate se metia habia de descabzarle, y en penitencia de su pecado, le mandó que con un escuadron de lanzas y una manga de ballesteros, tomáse la vuelta de

la sierra de Guadarrama y se fuese á poner cerco hasta que le entrase al castillo de Alfagor.

Otros tercios, bajo el mando de otros capitanes, debian acometer las fortalezas de aquella frontera, que siempre se iba ensanchando en un espacio de más de veinte leguas.

El ala derecha de la línea era el castillo de Alfagor, el centro Alcalá, la izquierda en direccion hácia Toledo, la Guardia.

Alfonso VI llevaba un poderoso ejército de más de sesenta mil hombres.

La villa y castillo de Madrid estaban amenazados.

Toledo en jaque.

En vano la caballería mora empeñaba uno y otro combate desesperado en toda la línea con los fuertes escuadrones castellanos.

Cada combate era una victoria que acorralaba á los moros, estrechando sus fronteras.

D. Pero Nuñez de Lara habia acampado en torno del castillo de Alfagor.

Le habia puesto cerco y le combatia poderosamente.

Una noche, velaba el triste enamorado en su tienda con el alma llena de Giazul.

¿Qué habia sido de la hermosísima doncella mora?

D. Pero Nuñez no podia desechar su recuerdo.

Ni lo queria tampoco.

Sentia en su alma el alma de Giazul.

Pero, ¿qué habia sido de ella?

Parecia que se la habia tragado la eternidad.

Pero Nuñez habia perdido toda esperanza.

No podia vivir sin sus amores, y combatia desesperado, viéndosele siempre en el punto de mayor peligro, porque ansiaba la muerte.

Una noche en que, como decíamos, ya tarde en su tienda velaba ansioso y desesperado, sintió de improviso algo que se arrastraba junto á él.

Alzóse rápidamente de su lecho de campaña, echó mano de su espada, y se encontró con Abdel-Zinka que le miraba de una manera sombría y terrible; pero que al mismo tiempo se ponía un dedo en los lábios, como imponiéndole por prudencia silencio.

Alentó una esperanza Pero Nuñez.

Dilatósele el corazon.

Supuso, y no sin causa, que Abdel-Zinka iba á llevarle noticias, y para que no se apercibie-

sen de la presencia del esclavo en la tienda los soldados que velaban en la guarda, se acercó á la candela que la tienda alumbraba y la apagó.

Era este un exceso de valor, porque aunque Pero Nuñez se hubiese hecho una suposicion de color de rosa, podia muy bien haber llegado hasta allí Abdel-Zinka con una intencion siniestra.

El negro, segun dijo rápidamente á D. Pero Nuñez, habia penetrado hasta su tienda, que por ser la del capitan se señalaba en su altura de las otras, amparándose de la oscuridad de la noche, arrastrándose como una culebra, y tan silenciosamente, que habia pasado junto á los guardas sin que éstos le sintiesen.

—En mal hora,—dijo,—conociste á la hermosa de las hermosas, á la alegría del cielo, al ornamento de la tierra, á la sin par Giazul: ella me envía, y yo, que no puedo negarme á su voluntad, porque Dios ha hecho mi alma esclava de la suya, á verte vengo: ella está con su padre en la Puebla de Alfagor.

—¿Y quién es el padre de la adorada de mi alma?—preguntó Pero Nuñez de Lara.

—¡Su padre! ¡su padre!—dijo Abdel,—ella cree su padre á un hombre bravo entre los bravos, á Muzay-ben-Koixa-el-Ferax, al muecin

de la mezquita de Alfagor. Pero ¡ah! ¡el desventurado padre de Giazul! ¡él gime en Toledo, viejo cautivo, poco ménos que muerto en vida, sin manos y sin lengua, y sin ojos!

Y entonces Abdel contó á D. Pero Nuñez la historia de los padres de Giazul, que ya conocen nuestros lectores.

—¡Ah! ¿con que ella es de sangre castellana? Por su padre y por su madre,—exclamó lleno de alegría D. Pero Nuñez, porque esto facilitaba el que una vez encontrada Giazul, en su poder, el rey le diese licencia para casarse con ella y ella fuese puesta en posesion de la hacienda y de la nobleza de sus padres.

—Ella te ama,—añadió tristemente Abdel,—y de tal manera, que vida de llanto es por tí su vida.

—¿Y por qué no te ha seguido?—dijo D. Pero Nuñez,—llegar con ella has podido hasta los primeros guardas y avisarme.

—Tan guardada la tiene su padre, receloso por lo que aconteció,—respondió Abdel,—que para salvarla seria necesario no ménos que tomar la villa de Alfagor, que es muy fuerte, y que está muy bien defendida.

—¡Pues aunque la defienda una legion de de-

monios,—dijo D. Pero Nuñez,—vive Dios que la he de tomar!

—En empresa te meterias más insensata que la en que te metiste cuando llegaste á la alquería de la desventurada Sayda Noema, y á la hermosa Giazul conociste.

—¡Pues he de morir ó tomar la villa!—dijo Pero Nuñez de Lara,—y esto no ha de pasar de mañana.

—Mira lo que haces, capitán,—contestó Abdel,—que bien pudiera ser fueses á buscar tu desdicha.

—Ello ha de ser,—dijo Pero Nuñez de Lara,—y poco ha de vivir quien no lo viere. Pero cuéntame ahora, por tu vida, cómo fué que en aquella noche no encontramos en la alquería persona viviente ni más que algunos cadáveres en el huerto.

—A no herirme la irritada Sayda Noema,—dijo Abdel,—funesta hubiera sido aquella noche para vuestro rey.

Dióme la señora una puñalada en el pecho, y tal que perdí el conocimiento.

Quando volví en mí me cncontré en un lecho, en otra alquería de la misma Sayda Noema, distante cuatro leguas hácia la parte de la sierra de aquella en que entrásteis.

Entre la vida y la muerte estuve.

Cuando pude hablar y oír, supe que Sayda Noema había muerto.

Lo que había sufrido aquella noche, al verse abandonada y en el peligro de muerte á la implacable corriente del río, la había causado una enfermedad á la que no había podido resistir.

Los esclavos nos habían llevado á ella, á Sayda Giazul, y á mí á la otra alquería, abandonando aquella en el momento en que supieron que se las habían con el Cid.

Tal terror infunde ese capitán, que él solo con su solo nombre, pone en fuga á los más alentados, aunque sean muchos.

Sayda Noema, antes de morir, había llamado al muecín Muzay-ben-Koixa, al que se tiene por padre de Sayda Giazul, y se la había entregado, recomendándole la guardase por lo enamorada que estaba de tí, por cuyos amores habían sobrevenido aquellas desdichas.

Muzay-ben-Koixa, se había llevado á su hija á Alfagor, y no se sabía lo que había hecho de ella, aunque se creía la tenía encerrada y muy guardada en su casa.

Cuando yo sané, á la Puebla de Alfagor me

fuí y supe gobernarme de tal manera con Muzay-ben-Koixa, que á pesar de lo que de mí le había dicho Sayda Noema, creyó mis disculpas, confió en mí, y me admitió en su casa.

Verdad es que Muzay-ben-Koixa es avaro, que yo llevaba mucho dinero, y que supe hacer caso de él.

La casa de Muzay-ben-Koixa, está tan guardada, tan cerrada á todo el mundo, particularmente el lugar donde guarda sus mujeres, que no hay que pensar en que Sayda Giazul salga como á sacarla no se vaya.

Y para esto sería necesario tomar la villa, cosa difícil, por que, te lo repito, es muy fuerte.

Sayda Giazul me ha suplicado llorando te busque, te dé noticias tuyas y te diga: que bien pueden matarla, pero no matar el amor que por tí la enciende el alma, y que durará hasta después de su muerte.

Yo he sabido que tú eres el capitán que tenía puesto cerco al castillo, y porque yo no puedo negar nada á Sayda Giazul, junto á tí estoy y sus noticias tienes.

—¿Y por qué amas de tal manera á Giazul?
—exclamó celoso D. Pero Nuñez.

—Las desgracias de sus padres conozco, na-

cer la he visto, y para mí ella es una hija adorada, tan adorada como no ha adorado jamás padre á un hijo; no tengas celos, que si yo como tú amas á Sayca Giazul la amase, tú no vivirías, no viviría el hombre al que sus ojos mirasen con amor; puesto que tú la amas hasta esponder por ella tu vida, y que ella te ama hasta morir por tí, yo te amo como tú la amas á ella, y todo lo que por ella soy capaz de hacer, eso mismo soy capaz de hacer por tí.

—Pues bien, ábreme mañana las puertas de la villa.

—Eso no,—exclamó Abdel,—que más que á tí y más que á ella amo yo á Dios Altísimo y Unico, á la ley que me enseñaron mis padres, y no me hables más de esto que te creeré villano y me enojaré contigo: al que propone una tal traicion á un hombre está muy cerca de ser él mismo traidor.

Conoció D. Pero Nuñez que nada recabaría de Abdel-Zinka, y como éste tuviese prisa para volverse, le dejó ir, y fingió que renunciaba á su propósito de acometer la Puebla de Alfagor.

Pero sus amores habian vuelto loco á D. Pero Nuñez y era además aventurero y audaz como todos los de su raza.

A la noche siguiente, apenas ésta habia cerrado, mandó recoger las tiendas.

Juntó su jente, y allá se fué sin más ni más, decidido á asaltar á todo poder la Puebla de Alfagor.